

PREMIO PRIMAVERA  DE NOVELA 2021

Pedro Simón

# Los ingratos



«Nos rezaban que cuatro esquinitas tenía mi cama y que cuatro angelitos nos la guardaban, pero mi cama por lo menos tenía cinco. Y uno de ellos era una señora de campo que pinchaba cuando te daba un beso».

1975. A un pueblo de esa España que empieza a vaciarse llega la nueva maestra con sus hijos. El más pequeño es David. La vida del niño consiste en ir a la era, desollarse las rodillas, asomarse a un pozo sin brocal y viajar cerrando los ojos en el ultramarinos. Hasta que llega una cuidadora a casa y sus vidas cambiarán para siempre. De Emérita, David aprenderá todo lo que hay que saber sobre las cicatrices del cuerpo y las heridas del alma. Gracias al chico, ella recuperará algo que creyó haber perdido hace mucho.

Los ingratos es una emocionante novela sobre una generación que vivió en aquella España donde se viajaba sin cinturones de seguridad en un Simca y la comida no se tiraba porque no hacía tanto que se había pasado hambre. Un homenaje, entre la ternura y la culpa, a quienes nos acompañaron hasta aquí sin pedir nada a cambio.

*Para las que apenas cuentan, para las  
que tienen muchas faltas.*

# LOS INGRATOS

Esta obra ha obtenido el **Premio Primavera 2021**,  
convocado por Espasa y Ámbito Cultural  
y concedido por el siguiente jurado:

Carme Riera  
Fernando Rodríguez Lafuente  
Antonio Soler  
Ana Rosa Semprún  
Gervasio Posadas

*Casi todo lo que he escrito lo he escrito para alguien que no puede leerme, y este libro no es otra cosa que la carta a una sombra.*

HÉCTOR ABAD FACIOLINCE, *El olvido que seremos*

(1961)

Un viento glacial azotaba el pueblo como a un crío que no se puede defender. Los sembrados de azafrán que lo circundaban amanecieron con un manto blancuzco, el primer fascículo de un invierno que siempre llegaba por entregas: primero, el aire gélido; semanas después, la niebla y la cencellada; finalmente, la nieve.

Las calles olían a humo de leña; las casas, a ropa recién sacada del arcón y al cuero de cerdo quemado de la matanza. La aldea vivía hacia dentro con el frío, como si de los caminos no viniera nada bueno.

En aquella España bajo cero, la infancia era el único deshielo posible. A la salida del colegio, de camino a casa, los niños arrancaban los carámbanos de la Fuente Honda para jugar a mosqueteros, a vaqueros o a militares.

Eran los chicos una locomotora a vapor que todo lo iba tocando, que todo lo iba voceando, que todo lo iba poniendo del revés. Cuando el juguete se les fundía entre las manos o acababa en mil pedazos contra el suelo, se inventaban otro. La única condición era que no costase dinero. Porque sobraban carámbanos, y sabañones, y palos de avellano que servían de lanzas, y terrones que hacían de granadas de mano. Pero dinero no sobraba.

Aquellos eran los únicos sonidos que conjuraban la muerte y el olvido. En el invierno más severo, podía transcurrir una semana sin oírse nada más que ese alboroto de antes y después de la escuela. Hasta que todas y cada una de las puertas se iban cerrando al ponerse el sol. Como si un cerrojo viejo bastara para blindarse contra todo lo malo del mundo.

Luego, el silencio ahí fuera.

Al llegar a casa, el chico entró exhalando el aire caliente de sus pulmones entre las manos y lo primero que hizo fue secárselas en las faldas de la mesa camilla. Se quedaba uno embobado en el trance. No solo eran el reflejo del fuego y el olor. Era un calor viejo que tenía que ver con las cosas seguras. La madre haciendo ganchillo. El campanario dando las horas. Todo en su sitio y a cubierto. Y las párvulas botas de goma cogiendo más y más temperatura, poco a poco, sobre el picón del brasero.

A las seis de la tarde ya era de noche. Una noche cerril y triste, sin vuelta de hoja. Todas las oscuridades se parecen, pero ninguna como la de un pueblo remoto justo después del ocaso de diciembre.

Las luces de las casas se fueron prendiendo a desgana, una aquí y otra allá, como cuando no queda más remedio. Con diferente intensidad y brillo. Hasta que el contorno del pueblo quedó delimitado por aquel mar de brasas.

Visto desde lejos, parecía una constelación recién creada.

El casino era a esas horas una luciérnaga amable en medio de otras luces más crudas, un lugar donde olvidar las malas cosechas y el peor vino. Corrían el chato y la copa, el tute y los Bisonte, el dominó y el serial radiofónico, los boletos y el periódico. Entonces sucedió.

Sucedió en la otra punta del pueblo, puertas adentro en una casa, a pesar de los dos candados echados.

Sucedió en el mismo instante en que el señor Luis iba a cantar las cuarenta, justo cuando don Eladio (que todavía no era don Eladio) cerraba la partida a seises y mientras don Ubaldo (que ya era don Ubaldo) leía en el diario Ya la noticia de la visita de John F. Kennedy y su esposa a Bogotá. Cuando alguien dijo pon la última.

Justo entonces sucedió.

Los que vivían en la aldea recuerdan lo que sucedió. No porque vieran nada, porque la inmensa mayoría nada vio.

Sino por aquel sonido animal que al principio confundieron con el de una bestia herida en lo del coto.

Cuando el eco rompió la noche, los hombres dejaron las cartas, la prensa y el aliento a orujo sobre la mesa. El tabernero se acercó a la Grundig para bajar el volumen y después siseó varias veces mandando callar. Aunque ya nadie se atreviera a decir nada.

Otra vez el sonido. Y otra más.

Los cazadores se quedaron tan quietos como cuando le apuntaban al corzo. O como si en esta ocasión la presa fuese alguno de ellos.

—Viene de donde lo tuyo, Manuel.

—A qué ton va a venir de lo mío.

—Y no es un animal.

—Los cojones no va a serlo.

Varios hombres apuraron los vasos, se dirigieron al perchero, cogieron las pellizas y se acercaron a pagar.

Afuera, los resplandores en las caras. Y esas sombras caminando con prisa.

La del chico de las botas de goma era de las luces más pobres del pueblo. Al igual que aquellos hombres que ya salían del casino y se dirigían al lugar, también lo oyó. Solo que el sonido no venía desde tan lejos, sino de la casa de adobe que había a cincuenta pasos. Sonaba igual que una bestia atrapada en una alambrada, un aullido como del más allá. Tan humano que daba pavor.

El chico lo oyó y también lo vio, que eso fue lo malo. Algo que no olvidaría hasta que muriera.

Entró con la madre. A la carrera los dos. Él siempre detrás porque sentía miedo. Miedo a quedarse a solas en casa con esos sonidos lejanos si no acompañaba a la madre. Y miedo también a ir corriendo al lugar de donde procedían.

La puerta del corral estaba abierta. Su madre la empujó y cerró. Por la ventana abierta del dormitorio salía una luz lánguida y dulzona. Las sombras de la vecina se proyecta-

ban sobre el suelo de tierra como en un juego chinesco demencial.

Son unos bramidos broncos, enloquecidos, espasmódicos. Todo el pueblo los escucha. Pero la mujer que los está profiriendo es la única que no puede.

Al abrir la puerta del dormitorio, lo ven todo.

La mujer está en camisón y sentada sobre el lecho. El cuerpo del bebé yace boca abajo, con una palidez de harina. Apenas envuelto en una frazada sobre la cama de la madre. Esta lo coge y lo agita como si el bebé tuviera algo dentro y necesitara sacárselo de forma urgente.

Es el aire.

Es el aire lo que no saca.

Curro tiene nueve meses y aquellos días de diciembre ha estado mal de los bronquios. Su madre le ha dado lo que le recetó el practicante, hace un rato que le ha frotado un poco de Vicks Vaporub en el pecho y luego se lo ha metido con ella en la cama de matrimonio, para sudar.

Y suda. Está sudando. Hace frío y la madre del bebé está sudando.

Se van durmiendo profundamente.

Primero ella.

Luego él.

En algún momento del sueño, ocurre. Si el bebé grita, si el bebé trata de zafarse, si el bebé gruñe, su madre no le oye.

Cuando por fin se despierta, nota el bulto tibio. Se gira en un duermevela, palpa, duda, entonces sobreviene el horror. Se da cuenta de dónde está y de lo que ha pasado: lo que está ahí es el cuerpo sin vida del hijo único, blando como un peluche. Aplastado mientras dormía.

Los gritos salvajes de después no se entienden nada.

O se entienden mucho.

—Ay, mi Currete —dice ahora.

Y suda de un modo enfermizo.

—Ay, mi Currete —dice.

Y solo eso.

La mujer se tapa la boca con una mano y los ojos con la otra.

Si tuviera seis manos en vez de dos, se tataría toda entera. Pero no puede taparse entera, no puede desaparecer, no puede enterrarse viva.

Algunos hombres del casino están a punto de llegar. La vecina que ha entrado se queda pasmada dos segundos, tres, cuatro, hasta cinco, y después reacciona: se quita su chaqueta negra de punto y se la pone por encima de los hombros a esa mujer grandota y de pelo corto que hace una semana le regaló unos repollos.

El chico es un pasmarote de hielo, allí de pie, en el umbral de la puerta. Y se da cuenta de lo que le está pasando cuando nota un líquido caliente dentro de las botas de goma que todavía no se ha quitado.

Hace casi un año que a la mujer se le ahogó el marido en un pozo y esta tarde acaba de perder al hijo que llevaban buscando desde que se casó.

Nadie, nunca, bajo ninguna circunstancia, debería ver a una madre despertando así de una siesta.

(Él)

La siesta debió de durar bien poco porque, cuando me desperté en el Simca 1200, todavía sonaba una de Víctor Jara.

Si no tenía puesto el fútbol en la radio, mi padre siempre ponía una TDK de 60 de un cantante llamado Víctor Jara. O una de Atahualpa Yupanqui. O una de Daniel Viglietti, al que yo decía Daniel y Leti como si fueran dos, al principio sin caer en el error y luego adrede, porque me encantaba ver reír a mi padre por el retrovisor.

Aquellos trayectos eran la banda sonora de la felicidad.

«Gol en el Helmántico».

O *Te recuerdo, Amanda*.

O «a desalambrar, a desalambrar».

O al final, mirándome por el espejo: «Ahora te voy a poner la de Daniel y Leti».

—¿Queda mucho?

—Uy. Como una hora, hijo.

—Es que tengo ganas de vomitar.

—Bueno, aguanta. Abre la ventanilla un poco y que te dé el aire.

—Voy a vomitar.

Entonces mi madre buscaba rápido en la guantera, sacaba una bolsa, la abría bien abierta, me la colocaba debajo de la cabeza como si fuera el morral de pienso de un mulo, yo empezaba con los ruidos y mis hermanas ponían cara de asco. Simulaba el vómito, claro. Porque no sé si me gustaba más ver reír a mi padre por el retrovisor o verlas a las dos mayores dando arcadas como sapos.

—¿Queda mucho?

—Cinco minutos menos que cuando preguntaste la última vez.

Íbamos los cinco sin cinturón. Olía a Ducados. A escay. A gasolina. Al Nenuco con el que nos seguía rociando mi madre como si fuéramos insectos. También olía a perro. No solo estaba el Fliqui, un setter irlandés que le regalaron a mi padre en la Chrysler de Villaverde Alto. Cada vez que mi madre era destinada a un pueblo nuevo como maestra y hacíamos la mudanza, tampoco se olvidaba de los dos canarios.

Allí iba una familia de ocho en 1975, otra vez rumbo a lo desconocido.

En los pueblos no había coches ni semáforos, ni quinquis setenteros, como en la ciudad, pero había pozos sin tapiar, alacranes y casetas de labranza donde no alcanzaba la mirada del balcón urbano.

—¿Queda mucho?

—Ya poco.

Visto desde la primera loma, el pueblo era todavía más pequeño que el anterior, en el que estuvimos un solo curso. Apenas treinta luces titilantes, como esas velas que apagas de un soplo.

Ya era de noche cuando el Simca 1200 paró justo en el paso a nivel de la entrada para que pasara el último tren de mercancías, uno ruidoso y sin prisas. Y yo sentí lo de otras veces: que entrar a un pueblo en medio de la oscuridad era como estrecharle la mano a una persona sin poder verle la cara. Una mala manera de empezar las cosas.

Habíamos llegado. Todo estaba en silencio. Cantaban los grillos en septiembre. Y, además de a Ducados, a Nenuco o a perro peludo, también olía a fermento ácido.

Yo había aguantado. Pero las sapas estaban verdes: habían vomitado tres veces.

\* \* \*

[Veníamos de un pueblo y a un pueblo íbamos, en ese juego de la oca que se traía mi madre desde que sacó su plaza de maestra. Un tablero en el que la casilla de salida era la aldea castellana de los cuatro abuelos agricultores y la casilla de llegada era Madrid.

Éramos las fichas pequeñas del tablero, las que acompañaban a las grandes. Y nuestra suerte dependía de los dados de mamá. Porque papá ya había llegado al final del juego.

Veníamos de la calle sin asfaltar y sin semáforos y a la calle asfaltada aspirábamos.

Rojo.

Ámbar.

Verde.

Éramos esa España que todavía miraba sin cruzar. Esa que terminaría yéndose del campo a la ciudad, poco a poco, en un Simca 1200 o en un dos caballos, subida a un Renault 4 o a un 850.

Éramos los hijos de los que se fueron —mis hermanas y yo— o de los que se estaban yendo. O de los que soñaban con hacerlo.

Mamá y papá habían nacido y se habían criado en la misma aldea de Salamanca. Allí habían compartido escuela. Allí habían bailado por primera vez. Allí se habían enamorado. Allí habían decidido qué hacer después. Y allí habían clavado una chincheta sobre un mapa. Una chincheta clavada sobre Madrid que lo mismo podrían haber clavado sobre Bilbao u Oviedo.

Veníamos de lo oscuro. Íbamos a la luz.

Aspirábamos a más. Aunque luego volviéramos al pueblo de Salamanca en agosto o en Semana Santa para comparar. Para ver y ser visto.

Éramos los que íbamos sin cinturón en la parte trasera del coche, tengo ganas de vomitar, ¿queda mucho?, me hago pis; papá, no corras. Esa parte pequeña del equipaje éramos, la España que iba a mejor. Los hijos de esa clase

media, intercambiable, corriente, emprendedora a su manera. Un seis, lanzas de nuevo. De oca a oca y tiro porque me toca. Un uno, del laberinto al treinta. Ese cubilete que agitaba el desarrollismo.

Lo que fuera que le saliera a mi madre en el dado.  
Eso éramos].

\* \* \*

Más que descubrir el pueblo —un pueblo encalado, llano, con diez calles contadas, tirando a feo y con varias cuevas, no se puede decir más—, a mis hermanas y a mí lo que nos gustaba explorar bien explorada era la casa nueva. Esa vivienda gratuita que los ayuntamientos reservaban al maestro.

Verónica se ponía en modo chicoz engolando la voz y diciendo seguidme y nosotros la seguíamos con devoción de corderos. Isa delante. Yo detrás. El orden duraba unos segundos.

Entrábamos como si hubiésemos reventado una esclusa, recorríamos con avidez las habitaciones, nos pedíamos una cama y nos lanzábamos a ella como Miguel Reina, probábamos la almohada, abríamos los armarios y la nevera tres o cuatro veces, hacíamos lo mismo con el grifo, íbamos de prisa al váter a ver quién lo estrenaba primero, tirábamos de la cadena que entonces todavía colgaba, nos mirábamos en el espejo dando saltitos, descorríamos la cortina de la bañera, encendíamos las luces, nos asomábamos por las ventanas y las dejábamos abiertas, pasábamos el índice por las paredes y la uña por el reborde del hule, señalábamos todo, salíamos a la calle y volvíamos a entrar, comprobábamos que la puerta de la calle cerraba bien.

Y solo a los quince minutos, solo entonces, digo, reparábamos en los desconchones, si es que los había, en el suelo irregular, en que allí no había mar como el año pasado y en todo lo que habíamos dejado atrás.

No había mayor desarraigo que el de seguir a tu madre de pueblo en pueblo. Una madre maestra muy ocupada que encima no era solo tuya, sino de todos los niños del lugar.

Eras muy pequeño, pero ya sabías que no había mejor amigo del mundo. Y que, si lo había, te duraba muy poco. Justo como le pasaba a papá con los perfumes dulzones: había meses en que olía a tres distintos. Se conoce que no daba con el suyo.

\* \* \*

Él se fue aquel domingo a Madrid a trabajar al día siguiente. En un viaje repetido cada año desde distintos puntos de la geografía que era como el verdadero final del verano: papá se iba de vuelta a la capital después de las vacaciones con nosotros y luego empezaba la rutina del curso. Entonces iban viniendo las primeras clases en la escuela, las tardes más cortas, la oscuridad, el parchís, *El hombre y la Tierra* y, por supuesto, el invierno.

Parecíamos esos gusanos de seda a los que les estropeas el capullo y se ponen a hacer otra casa.

Los primeros días se nos fueron en limpiar todo lo que yo veía limpio: mamá de rodillas frotando. En colocarlo todo: mamá abriendo cajas y subida a una escalera. En acostumbrarnos a aquellos dormitorios: mamá viniendo de noche a encendernos la luz y a espantar a los monstruos. En marcarnos los límites del pueblo, esa frontera que no podíamos cruzar: mamá de la mano por un camino.

Utilizo el plural, pero el plural era mi madre y nadie más. Singular, sola, un número gramatical que no pesaba ni cincuenta kilos y que tenía al marido en Madrid.

—Hasta aquí. Hasta estos almendros.

—¿Y a partir de aquí qué?

—Que más allá de estos almendros no quiero que vayáis.